

# Lo que hizo Katy después



## **LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *What Katy Did Next*  
En cubierta: Design and art direction by Bekki Guyatt-LBBG  
© Illustration by Quino Marín  
© De la traducción, Raquel García Rojas  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Ediciones Siruela, S. A., 2022  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-18859-53-3  
Depósito legal: M-29.264-2021  
Impreso en Gráficas Dehon  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



SUSAN COOLIDGE

# Lo que hizo Katy después



Traducción del inglés de  
Raquel García Rojas

 Siruela

Las Tres Edades

## ÍNDICE

1	Una huésped inesperada	11
2	Una invitación	23
3	Rose y su pimpollo	38
4	En el Spartacus	56
5	La Inglaterra de novela	73
6	Al otro lado del Canal	88
7	La Pension Suisse	104
8	Tras las huellas de Ulises	128
9	Una fiesta romana	145
10	La claridad después de la lluvia	163
11	Después	180

Esta historia está dedicada a las muchas niñas (algunas de las cuales ya habrán crecido y serán mujercitas) que, durante los últimos doce años, han suplicado que se les cuente algo más sobre Katy Carr y lo que hizo tras salir de la escuela.

## CAPÍTULO 1

# Una huésped inesperada

**E**l sol de septiembre se colaba centelleando alegremente en el interior de una bonita habitación amueblada en azul. Los rayos bailaban sobre el radiante cabello y los luminosos ojos de dos muchachas sentadas una junto a otra que cosían el dobladillo de los volantes para un vestido de muselina blanco. La falda, a medio terminar, estaba extendida sobre la cama y, según iban acabando cada uno de los almidonados volantes, lo añadían a la nivea pila, que parecía un cúmulo de nubes transparentes o un montón de espumosas claras de huevo batidas hasta alcanzar tal consistencia que podían mantenerse en pie ellas solas.

Las muchachas eran Clover y Elsie Carr y el vestido para el que cosían los volantes era el primer vestido de fiesta de Clover. Habían pasado casi dos años desde la visita que hizo Johnnie a Inches Mills —a propósito de la cual algunos habréis leído una historia en *Nine Little Goslings*— y más de tres desde que Clover y Katy regresaron a casa tras su estancia en el internado de Hillsover.

Clover había cumplido ya dieciocho años. Aún era una joven menuda, pero habría sido difícil encontrar en nin-

gún sitio una damita más hermosa que ella. Tenía la piel de un blanco tan exquisito que los brazos, las muñecas y los hombros, redondeados y con hoyuelos como los de un bebé, parecían hechos de margaritas o de pétalos de rosas blancas. Su cabello, castaño y espeso, ondeaba y formaba gráciles tirabuzones. Su sonrisa tenía una ternura particular, y sus ojos, que siempre fueron lo más bello de Clover, aún conservaban esa conmovedora mirada que los hacía irresistibles para la gente de buen corazón.

Elsie, que adoraba a Clover, la consideraba tan bonita como las muchachas de los libros y se sentía orgullosa de que le permitieran coser los volantes para el vestido con el que su hermana iba a florecer ante el mundo. Aunque, en cuanto a eso, no es que fuera posible «florecer» mucho en Burnet, donde las meriendas ofrecidas por señoras de mediana edad y algún que otro plácido y reducido baile de vez en cuando representaban la «elegancia» y la «sociedad». Las muchachas «debutaban» casi —al igual que el sol sale por las mañanas— poco a poco y de manera gradual, sin un momento en particular que pudiera determinarse como el punto crítico del feliz acontecimiento.

—Ea —dijo Elsie mientras sumaba otro volante a la pila que había sobre la cama—. El quinto ya está terminado. Va a quedar precioso. Me alegro de que te decidieras por el blanco; es mucho más bonito.

—Cecy quería que me hiciera el corpiño y el ceñidor azules —repuso Clover—, pero le dije que no. Luego intentó convencerme de que cosiera un ramillete de rosas rosas a la falda.

—¡Qué bien que no lo has hecho! A Cecy siempre le han vuelto loca las rosas rosas. ¡Me sorprende que no las llevara ella cuando se casó!

Sí, la excelsa Cecy, que a los trece años había anunciado su intención de dedicar la vida entera a enseñar en la escuela dominical y visitar a los pobres, y a dar buen ejemplo a sus coetáneos más mundanos, en realidad había olvidado aquellos hermosos propósitos y, antes de cumplir los veinte, se convirtió en la esposa de Sylvester Slack, ¡un joven abogado de un pueblo vecino! La boda y el vestido de novia de Cecy, y la preparación de su nueva casa, habían sido la gran sensación del año anterior en Burnet; y desde entonces el mayor acontecimiento era el bebé de Cecy, que ahora tenía unos dos meses y se llamaba Katherine Clover en honor de sus dos amigas. Por eso era normal que Cecy y sus asuntos aún fueran de interés para la familia Carr, y Johnnie, en el momento en el que comienza esta historia, estaba pasando una semana en su casa.

—Sí que estaba «casada» con ellas —prosiguió Clover con el tema de las rosas rosas—. Casi se enfada conmigo cuando no quise comprar el ramillete. Pero costaba mucho y yo no tenía el más mínimo interés, así que me mantuve firme. Además, siempre he dicho que mi primer vestido de fiesta sería blanco del todo. Las chicas de las novelas siempre van de blanco a su primer baile, y las flores naturales son muchísimo más bonitas, en cualquier caso, que las artificiales. Katy dice que me dará violetas para que las lleve.

—¿De verdad? ¡Qué maravilla! —exclamó cariñosa Elsie—. Las violetas son muy como tú, no sé por qué. Ay, Clover, ¿qué tipo de vestido crees que llevaré yo cuando sea mayor y vaya a fiestas y cosas así? ¿No será de lo más emocionante cuando vayamos juntas a elegirlo?

Justo entonces, el ruido de unos pasos que subían corriendo las escaleras hizo que las hermanas alzaran la vis-



ta de su labor. El sonido de los pasos es a veces muy significativo, y aquellos sugerían prisa y nerviosismo.

Momentos después, la puerta se abrió y Katy entró casi gritando:

—¡Papá! Elsie, Clover, ¿dónde está papá?

—Ha ido al otro lado del río, a ver al hijo del señor White, que se ha roto la pierna. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —le preguntó Clover.

—¿Hay alguien herido? —quiso saber Elsie, asustada por la mirada llena de preocupación de Katy.

—No, herido no, pero la pobre señora Ashe está en apuros.

La señora Ashe, debería explicar, era una viuda que se había mudado a Burnet hacía unos meses y había comprado una agradable casita no muy lejos de la de los Carr. Era una mujer hermosa y elegante, con unos ademanes de una gracilidad y un encanto especiales, y quería muchísimo a su única hija, entonces aún una niña. Katy y su padre le tomaron cariño de inmediato, y las dos familias habían congeniado hasta hacerse buenos vecinos en poco tiempo, como hace la gente de cuando en cuando si las circunstancias son favorables.

—Os lo contaré todo enseguida —continuó Katy—. Pero primero tengo que encontrar a Alexander y enviarlo a buscar a papá para que vuelva a casa cuanto antes.

Mientras hablaba, se dirigió al rellano y desde allí gritó: «¡Debby! ¡Debby!». Debby contestó. Katy le dio instrucciones y volvió a la habitación, donde las otras dos seguían sentadas.

—Bien —dijo ya más tranquila—. Debo explicároslo lo más rápido que pueda porque tengo que volver. Ya sabéis que el sobrinito de la señora Ashe está aquí de visita, ¿verdad?

—Sí, llegó el sábado.

—Bueno, pues ayer estuvo enfermo todo el día y hoy se encuentra peor, y se teme que sea escarlatina. Por suerte, ayer Amy pasó el día entero con los Upham, de modo que apenas ha visto al muchacho, y tan pronto como su madre ha empezado a alarmarse le ha pedido que saliera a jugar al jardín y no le ha vuelto a permitir entrar en casa, así que no puede haber estado expuesta a ningún peligro todavía. Cuando he pasado por allí, he visto a la pobre criatura sola en el cenador, con su muñeca en el regazo, y parecía desconsolada. He empezado a hablar con ella por encima de la valla y la señora Ashe, al oír mi voz, ha abierto la ventana de arriba y me ha llamado. Dice que Amy nunca ha pasado la escarlatina y que la mera idea de que pueda contagiarse la tiene muerta de miedo. Ya sabéis que es una niña muy delicada.

—¡Pobre señora Ashe! —exclamó Clover—. ¡Cuánto lo siento por ella! Bueno, Katy, ¿y qué has hecho?

—Pues espero no haber actuado mal, pero me he ofrecido a traer a Amy aquí. Papá no tendrá inconveniente; estoy casi segura.

—Pues claro que no. ¿Y entonces?

—Ahora mismo voy a por Amy. La señora Ashe le ha pedido a Ellen, que no ha estado en la habitación con el pequeño, que prepare una bolsa con algo de ropa y que la deje en los escalones de la entrada, y yo enviaré a Alexander a buscarla enseguida. No podéis imaginar lo preocupada que estaba la señora Ashe. No ha podido evitar echarse a llorar al decirme que Amy era lo único que le quedaba en el mundo. Y casi lloro yo también, de la pena que me ha dado. Pero parecía bastante aliviada cuando le he dicho que nos ocuparíamos de Amy. Ya sabéis que confía mucho en papá.

—Sí, y en ti también. ¿Dónde dormiré Amy, Katy?

—¿Qué crees que sería lo mejor? ¿En la habitación de Dorry?

—Me parece que estará mejor aquí, contigo. Yo me iré a la habitación de Dorry. Amy está acostumbrada a dormir con su madre y, si no, se sentiría sola.

—Puede que tengas razón, pero es una molestia para ti, Clovy, cielo.

—No me importa —contestó alegre Clover—. Me gusta cambiar de habitación de vez en cuando. Es como ir de viaje... Casi.

Mientras hablaba, dejó a un lado el vestido a medio terminar, abrió un cajón, sacó sus cosas y empezó a llevarlas al cuarto de Dorry, al otro lado del rellano; todo con la metódica calma que era característica de cualquier cosa que Clover hiciese. Ya casi había terminado con los preparativos cuando volvió Katy con la pequeña Amy Ashe.

Amy era una niña de ocho años, alta, de expresión franca y alegre y con una melena fina y larga que le caía por la espalda. Se parecía a las ilustraciones de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero en ese momento era una Alicia muy afligida, sin duda, pues tenía las mejillas bañadas en lágrimas y los ojos hinchados de haber estado llorando.

—Vaya, ¿qué te pasa? —La buena de Clover intentó consolar a Amy cogiéndola en volandas y dándole un gran abrazo—. ¿No estás contenta de pasar unos días aquí? Nosotros sí.

—Mami no me ha dado un beso de despedida —sollozó la pequeña—. Ni siquiera ha bajado. Solo ha sacado la cabeza por la ventana y me ha dicho: «Adiós, Amy, pórtate muy bien y no le des ningún problema a la señorita Carr», y luego se ha ido. Nunca me he ido a ningún sitio sin darle a mami un beso de despedida.